

## Las tentaciones del ministro<sup>1</sup> (Pedro Zamora)

El ministro o la ministra del Evangelio, en tanto que persona, tiene las mismas tentaciones que los demás. Así, puede fácilmente sucumbir al consumismo convulsivo o al ludismo, o puede engancharse a la televisión o a la pornografía como cualquier otro.

Pero en este artículo quisiera hablar de las tentaciones inherentes al ministerio, ya que cada profesión o cada actividad entraña un tipo particular de tentaciones. Para ello, quisiera servirme de una lectura de Mateo 8, 18-22 y de su paralelo en Lucas 9, 57-62, que pido sean leídos por el lector antes de proseguir en la lectura de este artículo.

Ambos textos podrían clasificarse como textos de “vocación” o de “llamamiento al seguimiento”, por lo que puede decirse que están estrechamente relacionados con el ministerio. En este tipo de relatos descuellan dos características distintas, pero a la vez consustanciales:

- 1) *Seguimiento radical*, de modo que nunca se nos habla de transiciones, preparativos, condiciones o programa para el seguimiento;
- 2) *“Afamilismo”*, de modo que el seguimiento siempre se presenta como una ruptura radical con quienes hasta ese momento subyugaban, de alguna manera, la forma de ser y pensar del individuo llamado.

Ambas características sitúan a la persona llamada ante un camino realmente duro, por lo que, de inmediato, nos viene a la mente que las tentaciones propias del ministerio tendrán que ver con un seguimiento que dulcifique las demandas de Jesús. Pero veamos esto más de cerca en el mismo texto y su contexto más inmediato.

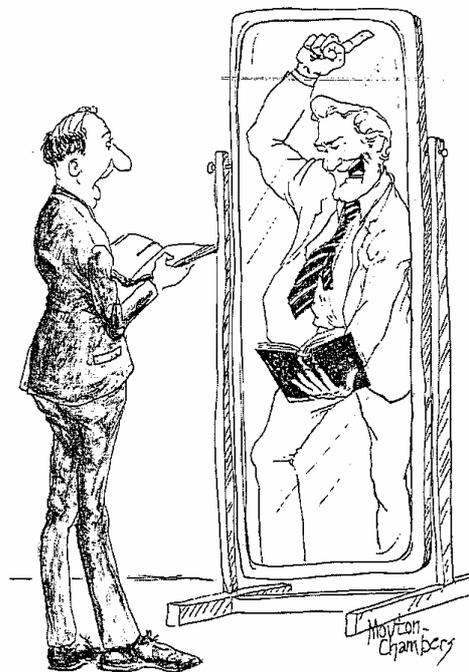
En Mateo 7, 28s, Jesús podría aparecer como un predicador de gran éxito, ya que dice que “la gente se admiraba de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad”. En otras palabras, la gente se quedaba embelesada con las palabras de Jesús, y parece ser que esto provocaba un seguimiento masivo, al menos a tenor de lo dicho inmediatamente después en 8, 1: “Cuando descendió Jesús del monte, le seguía mucha gente”. Resulta pues llamativo no sólo que en 8, 18 se

---

<sup>1</sup> Este ensayo ha sido publicado en *Ayudas Ministeriales* (Sección Ministerial, nº 2).

nos diga que Jesús, “viéndose rodeado de mucha gente” mandara “pasar al otro lado”, sino que ante quienes le quieren seguir lanzara un llamamiento prácticamente imposible de seguir. O sea, Jesús no buscaba el seguimiento fácil y masivo, lo que nos lleva a que una de las principales tentaciones del ministro es la de alcanzar un seguimiento masivo.

Sería fácil afirmar que el pastor busca el seguimiento masivo para adular su ego. Pero no hay que ser tan malintencionados. A veces, existen razones pastorales que nos llevan a “comprender” que es necesario un seguimiento factible, quizás como parte de un proceso gradual. Así, ante bienintencionados creyentes que proclaman “Maestro, te seguiré adondequiera que vayas” (8, 19) o “Te seguiré, Señor, pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa” (Lc 9, 61), ofrecemos un camino realista que les permita iniciar el paso, en lugar de espetarles, como Jesús, “las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza” (8, 20). El problema de este realismo es que muchas veces oculta nuestra propia incapacidad, como ministros, de seguir de modo radical a Jesús, por lo que nuestro propio ministerio se hace menos exigente y mucho más asequible (digamos “seguible”) para la grey que ministramos. A la vez, nuestro ministerio y nosotros mismos nos hacemos más “controlables”, es decir, nos hacemos más domesticables, por lo que acabamos ofreciendo un ministerio acomodado a la realidad.



Por otro lado, la propia atención pastoral terapéutica entraña la tentación del ministro a acomodarse como el padre o médico de una pequeña (o grande pero bien delimitada) comunidad. Jesús causó admiración por sus palabras, pero entre 8, 1 y 8, 18 se pone de manifiesto que un gran número de personas le buscaban porque podían hallar sanidad o consuelo en Él. Dicho de otro modo, estos relatos delatan el atractivo que supone el poder terapéutico (como quiera que éste se entienda). Así, entre el Sermón de la Montaña y nuestro relato de llamamiento aparecen un leproso (8, 2), un centurión (8, 5) y la suegra de Pedro (8, 14). Pero también aquí Mateo 8, 19 nos recuerda que Jesús se apartó de todos, ya sea que buscaran sus palabras o sus curaciones.

Esto me hace pensar que buena parte del seguimiento busca una curación, y que el ministro fácilmente –quizás incluso por pura compasión– se siente tentado a satisfacer siempre esta necesidad, se siente *pater* o *medicus familias*. Pero aquí la tentación consiste en conformarse con una relación tipo médico-paciente que nunca rompe la dependencia del segundo respecto al primero, y en la que el ministro se ve a sí mismo como el padre o la madre que se desvive por los suyos, sin otro horizonte de madurez que necesariamente pase por la independencia, y que, teológicamente hablando, supone tener como horizonte el Reino de Dios para el que tanto el ministro como la congregación deben vivir y trabajar. Por eso es importante que Mateo señale el apartamiento de Jesús, como indicando que no pretende instalarse en esa relación. Y esto queda más claro cuando le oímos “espantar” a quienes pretenden seguirle de uno u otro modo.

Pero la parte más dura del llamamiento radical de Jesús corresponde a su respuesta al que pretende seguirle enterrando primero a su padre (8, 21): “Sígueme; deja que los muertos entierren a sus muertos” (8, 21). Hay cosas que pertenecen a la ley natural: los lazos con los padres es una de ellas, y por tanto la muestra de amor y respeto debida en la última hora del padre parece sagrada. ¡Hay cosas que no se deben tocar! Sin embargo, Jesús lanza un llamamiento tan radical que ni siquiera admite la lógica de la ley natural. En otras palabras, el ministro se siente tentado a rebajar la radicalidad del llamamiento de Jesús aceptando que hay cosas que no se pueden o no se deben cambiar, a menos que se esté dispuesto a armar una buena en la comunidad. Aceptando que hay cosas “intocables”, a la larga el ministro sucumbe a la tentación de convertirse en un gestor de conciencia, o sea, en alguien que tranquiliza las conciencias de la comunidad que ministra.

Por lo que vemos en el relato, Jesús participó de buena parte de los anhelos de la multitud, pero siempre puso un punto límite, una demarcación no tanto de su terreno privado como de aquello que o bien conduce al avance del Reino, o bien se convierte en un fin en sí mismo. Para Jesús era evidente que todo el ministerio conducía al avance del Reino, de modo que sus actos ministeriales no eran meros instrumentos para reforzar la comunidad constituida por él y sus discípulos, sino

sobre todo para hacer de dicha comunidad el mejor testimonio de lo que un día será el Reino de Dios.

Pero ésta es precisamente la mayor dificultad de cualquier ministro del Evangelio: hacer que la comunidad no se convierta en un fin en sí mismo, del que él se convierte en pieza fundamental, sino todo lo contrario, que la comunidad sea cada vez más porosa a la acción del Reino de Dios. Por esto mismo, su peor tentación viene precisamente cuando la comunidad que pastorea alcanza el “éxito”, entendiendo por tal alcanzar cosas como “un buen tamaño” (crecimiento numérico), “espíritu comunitario” (cohesión de grupo), etc. Jesús hubiera podido conformarse con tales cosas, pero su llamamiento radical y su “afamilismo” nos recuerdan que nunca sucumbió a tal tentación.

Roguemos a nuestro Padre para que este ejemplo no deje de amartillar nuestras mentes y conciencias como ministros de su Evangelio, de modo que nunca nos tenga que decir: “Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios” (Lc 9, 62).

